

Estampas de mis maestros

Alfonso Durán Hernández*

La maestra Chuy y el profe Esteban

La escuela de mi pueblo estaba ubicada en medio de una plaza flanqueada de palmeras y tabachines, la cual consistía en tres cuartos enormes con techo de tejas sostenido por gigantescas vigas de cedro, con un portal al frente cerrado por una reja también de cedro. A ella asistíamos una multitud de niños que cursábamos, en una inexplicable confusión pedagógica y administrativa, del primero al cuarto de primaria. En el grupo de primero, aunque hoy me parece increíble, coexistíamos alumnos que íbamos de los seis a los quince años. Entre los primeros nos encontrábamos Alejandro, Ernesto, María Esther y yo; entre los segundos estaban tres adolescentes mal hablados que nunca terminaron su educación primaria. El resto se conformaba por todas las demás edades hasta llegar a sumar ¡sesenta alumnos!

Durante el año que inicié la educación primaria, la institución era atendida por un matrimonio mal conformado por una señora de aproximadamente 45 mal llevadas primaveras, “La Maestra Chuy”, y un joven maestro de, cuando mucho, 25 años: “El profe Esteban”.

Esteban era mi maestro y, aunque no tenía muchos recursos pedagógicos, lo compensaba con su paciencia y sus estrategias de disciplina, las cuales consistían en que aquel que, desde su punto de vista, se portara “mal” no participaba durante el recreo en los juegos por él organizados. En ninguna circunstancia utilizaba los castigos físicos para reprimirnos de nuestra poca o nula atención a sus indicaciones y a las tareas; sin embargo, hasta Roberto, Germán y Mario –los incorregibles y vulgares quinceañeros– suprimían sus obscenidades y desórdenes en su presencia.

Otra cosa era “La Maestra Chuy”. Cuando nuestro maestro tenía sus crisis étlicas –cosa que debió haber sido 4 o 5 veces en el año– ella “cuidaba” nuestro grupo.

Olvidaba decir que en el portal de la escuela la maestra Chuy había conformado, por no sé qué acuerdo con las autoridades de la comunidad, un enorme grupo de párvulos de 5 años a los cuales les ponía planas de “palitos y bolitas” y actividades similares para que “se les aflojara la mano”. Ellos eran el “grupo de choque” de “La Maestra Chuy”.

Cuando alguno de nosotros cometía alguna “falta” de disciplina o no cumplía algún trabajo, antes de ser encerrados en un lóbrego cuarto que cumplía la función de bodega, la maestra ordenaba a su “pandilla” –que así llamaba a su horda infantil– que nos golpeará y nos arrojara fuera del salón. Más de alguno de nosotros fue desnudado y arrojado a una enorme charca que se formaba en un rincón del patio escolar.

También fue más de una vez que fue el mismo Esteban el que interrumpió el linchamiento al salir de la “Casa del Maestro”, en la cual estaba refugiado en otro extremo del patio.

Lo notable de este asunto es que nunca ningún padre de familia o autoridad educativa tomó a mal estas medidas “disciplinarias” que se adoptaban con nosotros y que nos tenían aterrorizados.

Gracias a Dios o al inspector de la zona, un buen día esta singular pareja desapareció de la comunidad y nunca más los volví a ver.

El maestro Felipe

El recuerdo más remoto que tengo acerca de mi deseo de ser profesor es de cuando tenía, creo, 7 u 8 años. Resulta que el director de la escuela primaria de mi pueblo, el maestro Felipe, pariente lejano de mi madre, en sus frecuentes visitas a cenar en nuestra casa, relataba sus vivencias de estudiante en una Escuela Normal Rural y en sus primeros años de vida profesional en diversas rancherías de la Mesa del Nayar y la costa nayarita. La manera en que las narraba o tal vez mi desafortunada imaginación infantil me hacía entrever en sus relatos un mundo lleno de cosas nuevas y pleno de aventuras.

Describía los encuentros deportivos y culturales en escuelas y lugares que años después sus nombres serían muy familiares para mí:

El Quinto, Atequiza, Cañada Honda, El Mexe, Tamatán, Aguilera, Tene-
ría y así todas la Normales Rurales que había visitado. De manera muy
expresiva y con gran emoción describía la hacienda que albergaba la
Normal de Cañada Honda, el inclemente clima de El Quinto, las pal-
meras de Tamatán, la belleza de Palmira, las costumbres de San Diego
Tekax y así cada una de las escuelas que conocía.

Igualmente, contaba las vivencias de sus primeros años de ser-
vicio en las comunidades más apartadas y marginadas donde se había
desempeñado: De cómo había introducido nuevos cultivos agrícolas;
de las dificultades para enseñar a leer y escribir a sus alumnos antes
de que se difundieran los libros de texto gratuitos; de cómo había al-
fabetizado a los adultos de una comunidad; de cómo había intentado,
inútilmente, erradicar el consumo de alcohol entre los habitantes de
una población indígena. Y así, multitud de relatos interminables en las
sobremesas en la tibia noche tropical del pueblo de mi infancia. Al
escucharlo hablar acerca de sus experiencias, siempre pensé que eso
me gustaría vivirlo y no perdía oportunidad; por las tardes, al concluir
las clases y mientras el maestro jugaba basketball, acercarme a pre-
guntarle algo de sus experiencias como maestro.

Mis maestros de Educación Normal

Uno de los principales recuerdos que conservo de mis estudios para
profesor de educación primaria en el Centro Regional de Educación
Normal de Ciudad Guzmán es la interacción con nuestros maestros,
de los cuales hoy solo me quedo con la faceta luminosa de su persona
y quehacer profesional:

Ernesto Neaves Uribe: El talento para transmitirnos su espíritu
artístico y su amor por la literatura dramática; Carlota Larios Palencia:
su enfoque suave y maternal más allá de la aridez de la psicología;
Magdalenas Flores Ramírez: Su Eros pedagógico que la llevaba a com-
partir sus días de asueto con sus alumnos; Jorge del Socorro Perea
Ruiz: Su espíritu bohemio y existencialista que perneaba sus ense-
ñanzas musicales; Óscar Vicente Núñez Gutiérrez: La sistematicidad
de sus exposiciones y la apertura para relacionarse con sus alumnos;

Solio Rosas, María del Refugio Catalán y Belén Suárez: Su dinamismo para mantenernos en constante actividad y participando en diferentes eventos deportivos; Librado Guadalupe Arreola Zúñiga: Tras su apariencia excéntrica, generoso como pocos para con sus alumnos: Antonio Montelongo Aguirre. El compromiso sindical y social, y ventana abierta hacia las vicisitudes de nuestra futura vida laboral.

Estoy seguro de que la presencia de todos y cada uno de ellos me ha acompañado durante todos estos años, de manera consciente o inconsciente, en mi ya largo caminar por los senderos de mi vida de educador.

*Maestro en Educación. Director del Centro de Actualización del Magisterio en Lagos de Moreno, Jalisco. alfonso.duran.hdez@gmail.com